

## QUE VUELVA LA POESÍA

**Introducción.** Hay épocas de nuestras vidas que se viven con una evidente falta de luz. Como si atravesáramos un espeso banco de niebla, como si viviéramos «lejos de todos los soles». La repetición de horarios, de rutinas, de inercias, tienen en muchos casos una influencia negativa en nuestra forma de afrontar los días. Es cierto que los imprevistos, y las sorpresas inesperadas alteran nuestra tranquilidad y crean ansiedad. Pero igualmente peligroso es afrontar los días, las horas y las semanas sin esperar que ocurra nada. El sentir que pasa el tiempo y ser consciente que lo estamos viviendo sin matices, con nada de asombro, de emoción, de dicha. Estuve escuchando a un periodista de viajes hablar del problema de la «turistificación», de la masificación aborregada de personas que fijan sus destinos turísticos y consumen el arte, la historia de los lugares, como el que va a una «scape room», con la prisa por llegar los primeros, irse rápido, para seguir visitando los circuitos turísticos que marcan las guías. Sin dejar espacio a que los envuelva la historia, la magia, el encanto de lo anónimo, de los espacios que no son millones de veces fotografiados. Buscando de forma inagotable lo inédito, acabamos todos pasando por los lugares comunes, en la reiteración, que lleva irremediablemente al aburrimiento. Se propuso visitar Pisa, en Italia, pero negándose a visitarla como lo hacen todos los turistas, se propuso no ver la *Torre Inclinada*, icono turístico de la ciudad. Me gustó mucho como hablaba del esfuerzo por no dejarse arrastrar por lo que hace la mayoría. Y contaba el esfuerzo tan grande que tenemos que hacer hoy en día para que las cosas, las personas, los lugares, los libros, sean capaces de generarnos emoción. Acostumbrados a la abundancia de lo bueno, de lo grande, de lo espectacular, con mucha facilidad perdemos la perspectiva y nos acostumbramos a lo bueno. Y dejamos de agradecer, dejamos de valorar.

**Lo que Dios nos dice.** *“Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre compasivo y Dios de todo consuelo, que nos consuela en cualquier tribulación, para que nosotros, en virtud del consuelo que recibimos de Dios, podamos consolar a los que pasan cualquier tribulación. Pues como abundan nuestros sufrimientos por el Mesías, así por el Mesías abunda nuestro consuelo. Pues si sufrimos tribulaciones, es para vuestro consuelo y salvación; si recibimos consuelos, es para vuestro consuelo, que os da fuerzas para soportar lo que nosotros soportamos. Nuestra esperanza acerca de vosotros es firme, pues sabemos que como compartís nuestros sufrimientos, así compartiréis nuestro consuelo. No quisiera, hermanos, que ignoraseis lo que tuvimos que aguantar en la provincia de Asia: algo que nos abrumó tan por encima de nuestras fuerzas, que no esperábamos salir con vida. Dentro de nosotros llevábamos la sentencia de muerte; para que no confiáramos en nosotros, sino en Dios que resucita a los muertos. Él nos libró de tan grave peligro de muerte y nos seguirá librando. Estoy seguro de que nos libraré de nuevo.”* 2Cor 1,3-10.

Pablo es capaz de leer en los acontecimientos históricos que vive, el lenguaje con el que el Dios providente le va hablando. Cuando la vida nos regala momentos preciosos cargados de amor, de alegría, de personas interesantes, de gozo, lo que nos tiene que provocar es la gratitud y la responsabilidad de compartir la alegría. Pero todos atravesamos momentos de tristezas, de cansancios, de agotamiento mental, físico, emocional. Letargos en los que ni el corazón siente, ni vibra, las personas se vuelven cargas pesadas, y las peticiones de salir de nosotros mismos se convierte en ejercicio de esfuerzo titánico. Incapaces de sonreír, cansados de ilusionarnos, huidizos para diálogos profundos, esquivando planes y responsabilidades. Esa pobreza de alegría nos recuerda que nosotros no somos la fuente. No hay un botón ni en nuestra mente, ni en nuestro corazón al que poder apretar para estar bien. Ese momento de reconocer con humildad, y en muchos casos con dolor que necesitamos que otro nos rescate, que otro nos derribe los muros en los que nos vemos envueltos.

*“Ya muy entrada la noche Jesús se acercó a ellos caminando sobre el lago. Al verlo caminar sobre el lago, los discípulos comenzaron a temblar y dijeron: —¡Es un fantasma! Y gritaban de miedo. Pero [Jesús] les dijo: —¡Animaos! Soy yo, no temáis. Pedro le contestó: —Señor, si eres tú, mándame ir por el agua hasta ti. —Ven, le dijo. Pedro saltó de la barca y comenzó a caminar por el agua acercándose a Jesús; pero, al sentir el [fuerte] viento, tuvo miedo, entonces empezó a hundirse y gritó: —¡Señor, sálvame! Al punto Jesús extendió la mano, lo sostuvo y le dijo: —¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste? Cuando subieron a la barca, el viento amainó”* Mt 14,25-32.

Se nos devuelve la poesía a nuestra vida cuando somos conscientes de que necesitamos que el Señor agarre con fuerza nuestra vida y la rescate, de los mares de rutina, del acostumbramiento, de la poca ilusión y nula esperanza. El tiempo de Adviento es justo esa oferta que nos oferta el Buen Dios a los que intentando caminar tras sus huellas también notamos la fuerza del cansancio, de la repetición diaria de las actividades que nos ocupan. Estamos tan centrados todos en nuestros quehaceres que nos volvemos incapaces de sorprender, de asombrar, de aportar algo de novedad a la vida de los demás. Y cuando lo hacemos suele ser por hacer algo que les irrita, les molesta, les decepciona. Si que nos sorprenden las actitudes de los demás negativas, sus respuestas inadecuadas, sus faltas de atención, sus formas ofensivas de referirse a nosotros.

**Cómo podemos vivirlo.** Hay que pedir a Dios que nos renueve diariamente. Alejarnos del acostumbrarnos a estar vivos. Es todo demasiado mágico como para pasar cerca de los tesoros y no ser capaces de descubrirlos. Que este tiempo nuevo que nos brinda la Iglesia nos posibilite volvernos a asombrar, a ir quitando sombras a lo que vivimos. Eso ocurre cuando descubrimos la presencia continuada del Dios que camina a nuestro lado todos los días de nuestra vida. El milagro es hoy, hoy llega la salvación a nuestra casa, si somos capaces de agradecer y de confiar en que lo que vivimos es lo mejor que podemos vivir. Y vuelve la poesía y vuelve la emoción del que lo vive todo como la primera vez.